

UNA RARA DESAPARICIÓN

Elissandro dos Santos Santana

Tras subir la escalera, Juan no supo qué hacer. No sabía si gritar o llorar. Su gatito había desaparecido súbitamente. Las cuatro ventanas estaban abiertas y el viento entraba en el cuarto con una velocidad aterradora. “¿Faustito, Faustito, dónde estás?”. Juan llamó a su animalito alrededor de unos treinta minutos, pero él no regresó.

El muchacho no consiguió acostarse aquella noche. En algún lugar, su gatito de corbatita blanquita estaría en apuros. Todos los Sosa ya no sabían qué hacer. Ya habían hecho de todo. A Fausto lo buscaron por donde fuera posible e imposible.

Fausto tenía la costumbre de quedarse frente al espejo que había en el cuarto mirándose. El chico pasaba casi todo el día estudiando y el espejo fue un regalo para que Fausto no se sintiera tan solo.

En la noche de la desaparición de Fausto, el espejo se balanceaba en la pared y Juan hasta llegó a pensar que era por el viento, pues las ventanas estaban abiertas. No había otra explicación. La tristeza tomó cuenta de la casa, de la familia y día tras día todo se ponía aún más triste. Tal vez Fausto no volviese nunca más. Estos eran los pensamientos que pasaban por la cabeza del niño. “¡Por Dios! ¿Qué haré sin mi amiguito?” decía.

Mientras los largos días pasaban despacito y el sol se asomaba en el horizonte del otro día que sería aún más largo, Juan extrañaba al negrito y sus maullidos. La verdad es que Fausto formaba parte de la familia. Tenía que haber una explicación para aquel suceso. El negrito no iba a desaparecer así de repente. Alguien lo había robado. Era lo que solía pensar Juan.

Después de lo sucedido, Juan no fue más a la escuela. Él era un niño muy dedicado, pero, desde el día en que Fausto desapareció, él ya no tenía ganas de hacer nada más. El muchacho entró en un estado tétrico. La desazón tenía un sitio garantizado en su alma y su corazón. Es que a veces alma y corazón se confunden.

Los maestros del niño estaban demasiado preocupados y un día por la tarde fueron a la casa de los Sosa. Querían una explicación para la inasistencia del chico a las clases. La madre del niño, Doña Esperanza, les explicó a los dos maestros toda la situación. Al regresar a la escuela hablaron con los compañeros de Juan y les convocaron a que hicieran un equipo de búsqueda. Tenían que ayudar a Juan. Salieron durante varios días del mes de octubre por los rincones más insospechados de la ciudad tras Faustito, pero no tuvieron éxito. En ninguna parte había señal del negrito. Nadie lo había visto. Pero Juan no perdía las esperanzas. Tenía certeza de que iba a encontrar a su negrito.

Lo bueno es que todavía hay gente como Juan en el mundo. Gente que no desiste tan fácilmente. Generalmente, las personas pobres de espíritu desisten ni bien aparecen las primeras dificultades por los senderos de la vida.

Con Juan todo era posible. La fe era su compañera de siempre. Sabía que Faustito estaba en algún lugar a salvo. Estaba triste, pero jamás perdía la fe en Dios, en el cielo, en los animales, en los hombres, en los libros. Juan era del tipo que creía en nada y en todo al mismo tiempo. Los jóvenes tienen esta capacidad de tener esperanza, de creer en la vida, de no perder los sueños, de luchar...

La cajita con la almohadita roja frente al espejo al pie de la cama de Juan seguía vacía. Casi dos semanas habían pasado y, por las noches, antes de dormirse, el muchacho creía escuchar los maullidos del gatito y se ponía triste, demasiado triste. La angustia hacía que Juan se desesperara al punto de oír lo que no había.

En la familia, la opinión era la de que el negrito ya no estaba vivo o alguien se lo había llevado y, todas las veces que intentaban decir algo, Juan se ponía nervioso y empezaba a llorar. Él no podía imaginarse sin el negrito. La vida no sería la misma. Tenía que encontrar a Fausto.

En la tercera semana del desaparecimiento, Juan, acostado en la cama, miraba al espejo y, por un momento, pensó que Fausto maullaba desde el otro lado del vidrio. El muchacho de pequeño escuchaba cuentos de hadas donde el espejo era un puente entre dos mundos. Tal vez Fausto hubiese encontrado otro mundo más allá del nuestro, más allá del espejo. Mientras hacía estos viajes por el mundo del sueño se quedaba aún más preocupado. "¿Y si el negrito no consiguiera volver por el espejo?", pensó durante un rato. "No, no, eso es una locura. Mi gatito no iba a pasar por el espejo. Nadie lo pasaría". Realmente, Juan parecía creer en todo. Sólo que no

podía desanimarse. Tenía que creer en algo. Su fe lo mantenía vivo, con ganas de luchar, de encontrar al gato.

Hacia tres semanas que los ratones hacían fiesta paseando por los pasillos de la casa. En la cocina, todas las noches, ellos aprovechaban que no había ninguna policía felina observándolos. En verdad, a Fausto no le apetecía comérselos, pero se ponía siempre a observarlos. No iba a dejar jamás que sus enemigos naturales se apoderaran de la casa. Aquel sitio era suyo. Nadie tenía el derecho de robarle el territorio.

Fausto nunca mató a ninguno de ellos, pero siempre intentaba perseguirlos. Por eso, los ratones siempre tenían cuidado al salir de sus escondrijos. Pero, ahora, todo era diferente. Fausto había abandonado el puesto. Ya no había nadie para perseguirlos. Estaban libres y la verdad es que no echaban de menos al monstruo como solían decir entre ellos. “Mirá, vámonos, allá viene el monstruo. Va a comernos”. Todos huían del negrito.

Mientras los ratones hacían fiesta, Juan seguía triste. Y así es, la tristeza de uno puede ser la alegría del otro. Era el veintidós de octubre y Fausto había desaparecido hacía más de tres semanas y el niño ya no creía que el negro volvería.

Doña esperanza intentaba consolar al hijo, cantándole su canción preferida. “Duerme, duerme negrito, que tu mamá está en el campo negrito. Duerme, duerme... Te va a traer codornices para ti..., y si el negro no se duerme viene el diablo blanco y...Trabajando... pal negrito chiquitito, pal negrito sí, trabajando sí...” solía cantar así. Sólo después de la canción de cuna Juan conseguía dormirse. Ya había cumplido en aquella época los ocho años, pero seguía encantado con esta canción.

En el mundo de los sueños todo era distinto. Fausto paseaba y corría por la casa, por el jardín, perseguía los ratones, peleaba con los pajaritos desde la ventana del cuarto que era más suyo que de Juan. Desde los árboles, los gorriones y palomas parecían insultarle con sus sonidos de felicidad. Tenía ganas de comerlos, pero nunca tenía éxito. A las cinco de la mañana el sueño cesaba y Juan intentaba soñar de nuevo. Era una pesadilla despertarse. No, no quería eso. En el sueño su negrito no había desaparecido. Estaba bien, corría por el jardín que ya no estaba tan florido.

En la tarde del veintitrés de octubre, caminando por el jardín, las flores olían a miel y eso hizo que Juan recordara el día en que encontró al negrito en una caja en

una esquina cuando fue de compras a la ciudad. Tras salir de una librería (porque a Juan le gustaba muchísimo leer, pues sus padres le hicieron percibir la importancia de la lectura desde chiquitito) encontró la caja con tres gatitos, pero dos de ellos ya estaban muertos. Solamente Fausto seguía vivo y miraba a Juan con ojos de niño llorón. Fausto había cautivado al niño con su mirada. Los gatos tienen este poder de cautivar a todos o, por lo menos, a casi todos.

Fue sólo un recuerdo. No se olvidaba del gatito de ninguna manera “¡Por Dios! ¿Dónde estará mi Faustito? ¡Ya no aguanto más!” gritó Juan. En aquel momento un viento sopló desde el sur y Doña Esperanza escuchó desde lejos la desesperación del hijo. Ésta ya no aguantaba más la tristeza del chico. No sabía más qué hacer. No se aguantaría si algo le ocurriera al hijo. El negrito tenía que volver. “¿Qué le pasó al negrito? ¡Por Dios!” decía ella.

Juan regresó del jardín, cogió el libro del gato con botas y volvió a leerlo por quinta vez. A él le gustaba la inteligencia de aquel gatito. Tras leer la octava página pensó “tal vez Fausto tenga esta inteligencia y vuelva a nosotros, a su casa”. El chico no dejaba de soñar con su negrito, no podría. Terminó la lectura y se fue a la cama. Quería dormir un poco. Tal vez viese a Fausto en el mundo de los sueños y ensueños. Mejor dormirse, tal vez en el sueño Fausto le contaría donde estaba y qué le había pasado. Mientras intentaba dormir, su madrecita le llamó “Juan, al almuerzo”.

Al salir del cuarto, el niño no se dio cuenta de que había dejado las cuatro ventanas abiertas. Bajó por la escalera y se fue a comer, aunque no tuviese hambre. Sin embargo, sabía que tenía que comer, recuperar las fuerzas. No podría desvanecerse, desistir. No era un cobarde y jamás iba a serlo. La situación exigía que fuese fuerte, que mantuviese las ganas por la vida. Fausto no iba a quedarse feliz si supiese que su dueño era un cobarde.

Cogió un plato y lo llenó de lechuga y papas. Mientras intentaba comer algo, un ruido extraño sonó por toda la casa. Los Sosa se fueron al cuarto de Juan y, allí, dieron con el espejo en el suelo. Se había roto. “Hijo, fue el viento. ¿Por qué vos dejaste las ventanas abiertas?” “Papá, discúlpame. Es que a Fausto le gustaba quedarse en ellas ahí mirando a los pájaros del jardín”. Doña Esperanza, tras oír la explicación del hijo, trató de coger los trozos de vidrio. Lo increíble es que el espejo era grande y pesado. ¿Cómo el viento lo había descolgado de la pared? Cinco

minutos después del suceso, todos escucharon unos maullidos y salieron en busca de Fausto. El maullido era muy parecido al del negrito.

Allí en el jardín sobre el césped y bajo los árboles estaba Fausto, como en el sueño de Juan, miraba al pájaro trepado en el árbol de hojas amarillas. Las lágrimas llenaron los ojos de todos. El muchacho sólo decía "mi Faustito, mi negrito". Ahora volvería a la escuela, a ser feliz. La alegría volvió a la casa de los Sosa.
